

*Sin noticias de Gurb. Eduardo Mendoza*  
**Por Hernán D. Caro A.**

(Barcelona: Seix Barral, 2003. ISBN: 84-322-0782-9. Primera edición: 1991)

En el verano del año 1990 (d. C.) dos habitantes de un lejano planeta aterrizaron en cercanías de Barcelona. Esa misma noche, uno de ellos, que respondía al enigmático nombre de “Gurb”, adoptó la apariencia de la despampanante cantante española Marta Sánchez, descendió de la nave, y abandonando a su compañero de modo infame, desapareció sin dejar rastro alguno... Así se da inicio a las descabelladas andanzas del protagonista de este librito magnífico, quien durante catorce días (con sus noches) de dedica a buscar a su amigo Gurb por las calles de una Barcelona maniática, excéntrica y francamente absurda.

*Sin noticias de Gurb* es una pequeña obra maestra de la literatura humorística. En el prólogo, Mendoza se pregunta por las razones de su éxito y nos responde con estas tres conjeturas: se trata de un libro breve, sumamente fácil de leer y alegre –sin “una sola sombra de melancolía”. Y no se equivoca: es en efecto un libro escrito en un lenguaje campechano y burlesco; su estructura narrativa es ingeniosa (es un informe minucioso dividido en brevísimas fracciones de tiempo –y por tanto en brevísimas frases) y posee un sentido del humor tan directo y espontáneo que resulta universal (razón por la cual, para disfrutar de esta obra tan española no es necesario ser español, no es necesario ser hispanohablante; basta con tener buen humor). Por ello mismo, acaso sí sea errado sostener que este es un libro “alegre” –en realidad es un libro *feliz*.

La trama, como ya se ha dicho, es bastante simple: un extraterrestre incauto relata –en tiempo real– los delirantes acontecimientos que ocurren durante su exploración de la ciudad en búsqueda de Gurb. Pero aparte de ser –al modo del *Los viajes de Gulliver*– la crónica de las aventuras de un cándido viajante en medio de extrañísimos y risibles seres (humanos), el libro es también –al modo del *Los viajes de Gulliver*– un reflector de agudas y sutiles observaciones sobre aquellos seres tan horripilantes y sobre la vida citadina moderna. Dos tímidos ejemplos: día 2, “8.00: Me naturalizo en un lugar denominado Diagonal-Paseo de Gracia. Soy arrollado por autobús número 17 de Barcelonesa-Vall d’Hebrón. Debo recuperar la cabeza, que ha salido rodando [...]. Operación dificultosa por la afluencia de vehículos. 8:01: Arrollado por un Opel Corsa. 8.02: Arrollado por una furgoneta de reparto. 8.03: Arrollado por un taxi”; día 12, “17.00: No hay en todo el Universo chapuza más grande ni trasto peor hecho que el cuerpo humano. Sólo las orejas, pegadas al cráneo de cualquier modo, ya bastarían para descalificarlo. [...] Todas las calaveras tienen una cara de risa que no viene a cuento. De todo ello los seres humanos sólo son culpables hasta cierto punto. La verdad es que tuvieron mala suerte con la *evolución*”...

Este risueño libro cumple con las dos condiciones que ha de satisfacer cualquier obra que con alguna honestidad pretenda ser *satírica*: complace (con creces) el gusto del lector de buen gusto; pero también nos inquieta, pues a través de la mirada asombrada del anónimo protagonista y de sus apostillas –a menudo ingenuas pero nunca inofensivas– nos vemos a nosotros mismos en todo nuestro frenesí, nuestro capricho, nuestra ridiculez (y bueno: también en nuestra simpatía) – y todo ello mientras nos desternillamos de risa.